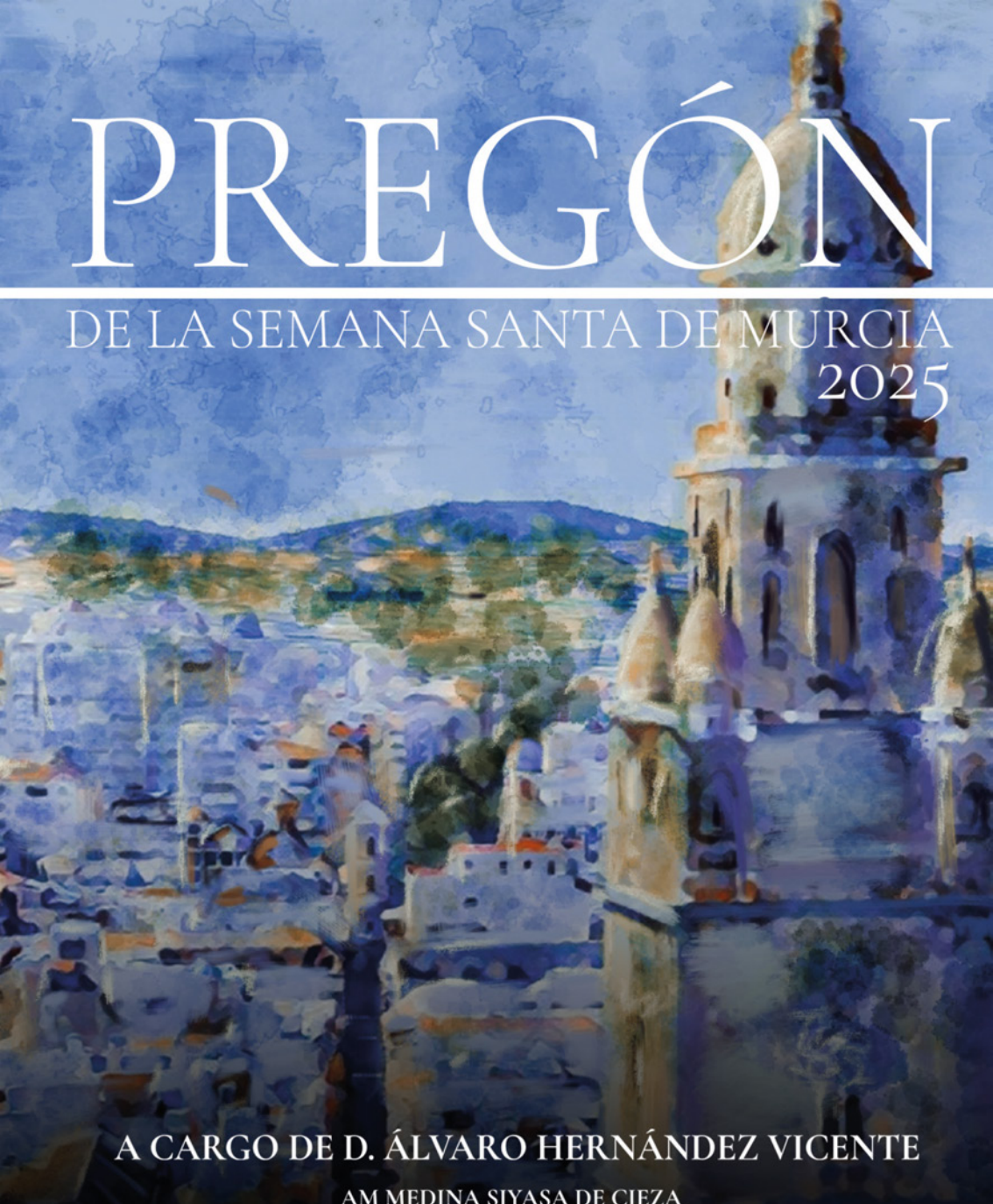
PREGÓN

DE LA SEMANA SANTA DE MURCIA 2025



A CARGO DE D. ÁLVARO HERNÁNDEZ VICENTE

AM MEDINA SIYASA DE CIEZA

TEATRO ROMEA- 9 DE MARZO

Edita
Real y Muy Ilustre Cabildo Superior
de Cofradías de Murcia

Autor
Álvaro Hernández Vicente

Portada
Pintura: "La Carrera Oficial"
Autor: Álvaro Hernández Vicente

Diseño y maquetación
Salvador Tudela

Impresión
Ediciones Edima S.L.

D.L. MU-194-2022
© Textos y fotografías de sus autores
© Real y Muy Ilustre Cabildo
Superior de Cofradías

A mi abuela Pura,
cuenta de mis rosarios

A mi madre Caridad,
refugio y fortaleza

PREGÓN
DE LA SEMANA SANTA DE MURCIA
2025

A CARGO DE

D. Álvaro Hernández Vicente

PROCESIÓN A LA CALLE

Por favor, que alguien abra la puerta. Que en la plaza del Esparto ya resuenan los ecos de tambores machacados en arduas tardes de ensayo, y ya escucho las burlas de aquellas bocinas que anuncian lo trágico. Que están dando la hora y en la puerta de la iglesia aguarda un estandarte, y me colma la impaciencia. Que ya van los nazarenos por la calle, en busca de su parroquia, con el cíngulo marcando el talle y la túnica remangada, caminando raudos hacia otra estación soñada. Y aquellos que les acompañan sujetan los capuces como si entre las manos llevaran la mayor de las plenitudes. ¡Qué entrañable, qué estampa! Todo un año esperando esta carrera santa, y si llovió, ya son dos los que el cuerpo aguanta. Y una brisa del Segura aviva los faroles, que derraman su cera al calor de los fogones. Roquetes, incensarios, capuces y gentío, haciendo bulla. Por Alejandro Seiquer, Jabonerías y la plaza de Belluga. Pateando el callejero, en busca de cofradías o de una tasca vacía que logre aumentar la energía para aguantar hasta el encuentro.

Abrid las puertas, os digo, que ya se ven los puestos ambulantes y los globos golpeándose en el aire. Y aquí hay que empezar a sentarse, que se ponen duras las monas y el torno del convento rueda que rueda en cadencia religiosa. Camareros vistiendo verdades, con arpetones de colores, estampas sobre las mesas y esas prisas de última hora, por si se suelta algún encaje.

–¿Cómo vas a salir así, si esta túnica era de tu padre? –Déjame que la lleve, madre, que, aunque me esté algo larga, la arremeto con afanes en un cíngulo que amarra generaciones de estantes. Esta tela lleva clavados recuerdos como puñales.

Abrid esa puerta, nazarenos, que ya veo a la gente agarrada a los balcones y alguna voz que se quiebra, ya ensaya saeta de dolores. La brisa, la ribera, la luna tintada en sangre... ¡qué luna más plena, llena de pesares! La Luz en el hospital, que es Salud de los estudiantes. Calle del Sol, con un Sol que es Perdón de pecadores y Rescate de cautivos. Las palmas en el Arenal, Judas por el arrabal, un Amparo que, chorreando Sangre, encuentra Refugio en San Lorenzo. Y la plaza del Esparto se vuelve Fe franciscana con túnica de terciopelo, que es dulce sueño en la cruz. Caridad, contraste del alma, que en San Esteban encuentra Misericordia que se escapa; y por la puerta del Porcel, un río de Angustias vela un Sepulcro sellado, como auroros, que a golpes de campana despuntan el día, sabiendo que el que resucita nos dejará un roalico allá arriba, para cuando toque dejar este cachito de cielo que nos ha salvado la vida.

Abrid las puertas de par en par, que aquí no cabe nadie, que se escucha el metal de las varas y el repiqueteo de los estantes. Que ya calzan sus medias de repizco y un reserva que ya quiere remar la nave pregunta si alguien quiere tomarse un respiro. Y vuelven las artes, vaya si vuelven, las que nunca dejaron Murcia, y dos nuevos Cristos irrumpen en esta Semana Grande: el Cristo de las Almas, de inquebrantable esperanza, rezado por las gubias de mis amigos los hermanos Cava, y una Lanzada que abre un costado sangrante en granada abierta.

Abre esa puerta, murciano, que ya se ven los estandartes, los regueros de cera y los bordillos con señales y rastros de arena. Y las sillas apiladas, de plástico, esparto y enea.

Los balcones lucen sus galas y la grana, tan remota y tan murciana, ya ha vestido la carrera que enciende mi llama. Que ya están las casas preparadas, las enaguas almidonadas, compradas las medias y las túnicas planchadas. Que ya empieza lo bueno, lo grande, lo que nos salva, lo que hace que mantengamos viva la esperanza. Que hasta nuestra fachada, la más grande, la más galana, envidia clara del arte, se ha remozado la cara como una bella huertana que espera la ronda de su más apasionada Semana.

Abrid todas las puertas, la frontal y la trasera, que se escuche la voz de este pregonero por adarves y veredas, por las rondas de murallas, los portillos y las plazuelas. Que quiero gritar a toda Murcia y a los contornos de la huerta que aquí muere Cristo entre naranjos olorosos, bajo un sol que dora mil doscientos años gloriosos.

Abrid las puertas de este teatro, por Dios os lo ruego, que no cabe aquí dentro tanto amor nazareno. Ha despuntado la mañana entre aromas de incienso, y este pregonero lleva meses soñando este momento. Pues no hay regalo más grande ni más completo que contar lo que se vive en este rincón eterno. ¡Vivan las emociones, viva la vida que da vida, vivan nuestras procesiones, nuestra Semana Santa, las quince cofradías que nos levantan, y viva siempre el pendón que blasona la conciencia por Aquel que nos creó! ¡Y viva la Madre que lo parió, madre de toda clemencia!

Y escuchadme todos, porque ya se dicta sentencia y Antonio Zamora dice lo que en el pecho no cabe, cuatro palabras maestras: "¡Procesión a la calle!"

GRAN PODER QUE AMPARA

Mi Viernes de Dolores siempre olió a puerto. A Caridad cartagenera. Resolviendo callejeros por Santa Florentina, San Fernando y la Serreta. Con una bolsita de crespillos en la mano, celebrando el santo de mis dos madres: la que tengo ahí sentada y la que vino de Nápoles. ¡Ay, Caridad…! No puede ser casualidad que las dos se llamen igual y que mis primeros recuerdos se forjaran sobre aquel corazón reluciente atravesado por siete puñales, esos que llevamos clavados en este andar hacia el puerto sobre el que no escribió Cervantes. En aquellas aguas que libraban su oleaje entre Californios y Marrajos, me fundé yo. Allí adquirí mi linaje y mi andar. Allí se forjó mi familia, capitaneada por un hombre de la mar: mi abuelo, valiente y fiel, del que siempre necesito acordarme.

Y así, entre el Arsenal y Santa María, con esa rampa por la que el Paraíso nos conquista, el devenir, ese plan que Dios tiene para cada uno de nosotros, me llevó a conocer el azul celeste que colorea la Plaza Mayor, las fuentes de la plaza de San Nicolás y el chapitel del templo más madrileño de Murcia. Donde todo empieza con nombre de Amparo. Ese que tanto necesitamos los que somos de carne y hueso cuando más frío tenemos. Por eso, cuando lo veo salir por la puerta con los brazos extendidos y la calle San Nicolás es la oración de todo un año, lo entiendo todo. Entiendo por qué tiene la cabeza caída y la mirada apagada. Y no puedo evitar mirar todos aquellos balcones neoclásicos que le sirven de telón, y de aquellos Galteros, Alemanes y Sandovales que le rezaron hace tiempo. Y de aquel Ángel de la Guarda de Salzillo, que tantas veces besaría en el silencio de la noche las llagas del Señor del Amparo. Porque los hermanos del Amparo hacen latir el corazón de todo un barrio. En San Nicolás se hace familia, pues, ¿qué mejor que estar juntos tras Aquel que es Amparo? El nazareno murciano es siempre del Amparo.

Yo sé que Él sale para que Murcia entera lo busque entre las calles, al amparo de los nuestros, de la familia como tesoro cristiano. ¿Acaso Dios, en su infinito Amparo, no le regaló a cada uno una familia? Yo he sido un privilegiado por heredar de mis mayores este tesoro. Por eso, cuando en los embates de la vida he visto hundir mi barca, tengo que confesar que siempre he recurrido al Amparo de Aquel que, en la intimidad, abrazando esa cruz que nos hiela, en sus manos está el poder y el imperio. El que, en mis debilidades, me ha sostenido cuando no había pilar en el mundo que pudiera hacerlo. Bien te vale, Gran Poder, tu nombre. Y que me perdone el teatro si hablo del que me ha salvado la vida:

***

Late el corazón murciano cuando Murcia se despierta en majestuoso Amparo, en carrera que no espera cuando algo se quiere tanto como aquella del Cantar que va en busca de su amado, San Nicolás es una fiesta en la que no existe el quebranto si es Murcia la que viene ante la Dolorosa con su llanto, rondándole como a una moza en el día de su santo. Por el Hijo que parió Gran Poder y Soberano, y como anuncio sin delirio de que este celeste milagro tiene que acabar en martirio, vengo a este teatro a contar con gracia y señorío la historia de aquel rendido, que en amores desbordados, cada primavera viene desde un convento lejano, cargando con un madero de promesas y milagros.

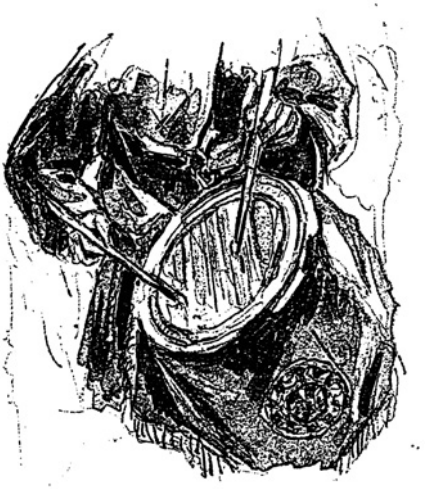
Y allí eres tú, Señor, Gran Poder y Soberano, como un lance bajo el cielo, de estrellas por testigos claros. Aquí no eres Señor de San Lorenzo ni tu Madre Dolor y Traspaso, ni racheas tu zancada por postigos ni museos mercedarios. Tú te abres paso entre los huertos, con gallardía infinita, donde el frondoso Malecón, embrocado a tu esclavina, se confiesa apoderado, sufriendo desde la barrera para echarte un capotazo. Porque si no hay cirineo que cargue a tu lado ese dolor de monumento hasta quedarse sin aliento, tu destino es un burel y Murcia tu garrochero, para librarte de ese hachazo que te asesta un mal cabestro. Y los cipreses del huerto, doblando sus palmitos, cubren todo el albero y te hacen paseíllo. Y es el Malecón un tendido, donde a paso lento y malherido, con divino traje de luces, das el último respiro ante un gentío que enloquece, porque no hay quien te iguale.

Cuando a tu barrio vuelves, y vuelan pañuelos azules, bordados con lentejuelas, y suenan vítores y oles, y por sonar, suena un pasodoble, para que Pilato te indulte de ese mortal embroque. Y el Segura acariciándote, con la brisa de la noche... Murcia en más Murcia no cabe, cuando el Gran Poder navega por este bendito valle. Y es tan Dios que no cabe ni a hombros por la puerta grande.

LA CIRCULARIDAD ETERNA DE LA FE

Mi verdad comienza en Vista Alegre, porque allí es donde aprendí a mirar a Cristo en la Cruz, desnudo y sangrante, desde aquel lugar en el que brotan las oraciones más sinceras. He perdido la cuenta ya de cuántos rosarios desgrané entre las blancas y frías salas del Morales Meseguer. En aquellas consultas en las que la vida pende de un informe. Allí, donde todo perdía el color, viví la fe más auténtica que jamás podré contarles. Y me encontré con Él. Cara a cara. Con Aquel que, agarrándote de la mano, te pone en pie cuando todo colapsa. Una mano como aquel paisaje lento, sin color, terrosa como la madera, noble y poderosa.

Por eso quiero hablar de Aquel en cuyos ojos se refleja el cielo, Aquel al que miraba, a pesar de no verlo, por aquellas ventanas que miran al patio del colegio de San Buenaventura. Donde, sin importar la época del año, siempre es otoño. Y donde yo, a decir verdad, me convertí.



***

Llega la hora nona, y la ciudad enmudece en su apogeo. Se escapa con ella la tarde y se congela el latido de tu pecho. Y como una vía sagrada que nace entre dos conventos, la avenida del Rey Sabio se ha vuelto un lienzo de colores franciscanos. Y es al fondo donde reina la Fe colgada de un árbol, bajo el que me rindo y contemplo sin descanso. Porque en tus ojos llevas todo un cielo pintado que alivia tu condena. Por eso, en la Plaza Circular, eterna circunferencia, sueño con tu semblante que se rompe delirante, quebrando tu cuerpo para tomar el último aire. Te canta San Buenaventura y te lloran los frailes. Llora Vista Alegre, y aquí ya no falta nadie. Pero ¿qué importa todo si la Fe mueve montañas? Porque yo te he visto a ti sacar vida de la nada, devolver la vista a los ciegos y caminar sobre las aguas, transformando los corazones tan solo con tu mirada. Y llora tu sacrificio por la medina murciana, aquella niña de Yuste que nació en tierra ciezana, que es Reina de los Ángeles, capuchina e Inmaculada, poesía entre la arboleda que deja caer su hojarasca para servirte de alfombra por aquella avenida Santa.

Por eso, Señor de la Fe, hoy muevo montañas, soy mendigo de tus silbos y del cayado que me salva, porque solo tu Fe promete las más altas moradas. Por eso, cuando pasas y veo tu espalda morena, ya no quiero nada, porque tú todo lo llenas con torrentes de Fe que a un clavo ardiendo se agarran. Por eso mismo, Señor, si algún día se apaga la única llama que me salva, iré a verte a tu casa a mirar el azul de tus ojos, para que una palabra tuya me queme con esa Fe que devora las entrañas de mi alma.

CARIDAD ES AMOR

Llegó la música a Murcia. Llegó para darle color, para ruborizarla en afanes. Pues, ¿qué sabía ella de qué podía ufanarse si por sus venas nunca había escuchado compases en cuatro por cuatro? Y llegó la armonía donde todo comenzó, a ese lugar que durante siglos había sido Plaza Mayor. Llegó un cuarteto de viento madera a Santa Catalina y la llenó de dulce melodía. El viento metal, como una sentencia, desfilaba sobre un pentagrama que escribía corcheas al dolor de un Cristo que duerme en uno de los templos más antiguos de la ciudad. Y llegó la percusión, con una fanfarria que todo lo acalla; irrumpieron los silencios e impusieron su ley marcial. "Callaos, no despertéis al Señor de la Caridad, que dormido está". Y llegaron más cuartetos, de clarinetes, oboes y flautas; y con ellos, las trompetas y las tubas, los trombones y las trompas. Llegó Antonio García Romero a ordenar aquella explosión para hacer de Murcia una pasión arrolladora. Y nació la música, esa que traspasa, la que aún suena cuando acaba en la trastienda del alma. Porque si algo fue lo que más quise atesorar en mis adentros, es cómo suena un Sábado Corinto en Murcia.

La selección precisa, la duración exacta, la calle, la plaza, en esa esquina. Todo está medido: la velocidad de la marcha, el terciopelo del trío. Suena "Calvario" en Frenería y "Mi Amargura" en Santa Clara. Un puente potente en Belluga, que tiemble toda la plaza, a ver si las puertas se alzaran y la Catedral se abriera a esos ríos nazarenos que anhelan su estación de penitencia.

Vieja plaza del reloj, cumplida está tu sentencia, y los ecos del Contraste repujan en fina seda mil y un sueños corintos que en afanes desesperan. El Sábado de Pasión es música celestial, que a golpe de baqueta pone compases a la muerte, sabiendo que no es el final. Por eso, cuando yo veo a la Caridad por la ciudad, con esa murcianía buena, siento debilidad por Quien agoniza en la huerta, al que azotan y coronan de espinas con algún rosal de La Arboleja.

Eres tú, Señor, el expoliado, como cordero en el Calvario, mientras tres miserables sayones creen que te dejan sin reinado, y no se dan cuenta de que Tú les has dado el poder para quitarte túnica, cíngulo y manto. Pero hay algo que no se expolia, que nunca quitan los malvados: el amor que brota de lo hondo, Caridad hecha costado, de Aquel que en la Cruz cuelga de tres honorables clavos, que son la prueba más pura, el decreto más sagrado, la realidad más cruda de tan inmerecido regalo. Pero así es la Caridad, así es esta virtud, hermano, la que te habla de un Dios que murió enamorado.

Y Belluga se enmudece, y el imafronte se queda helado. Suena "Por los siglos de los siglos", y el público aprieta los labios mirando a ese Cristo dormido, que duerme cabizbajo. Caridad lleva por nombre, siéntete amado, murciano, que ha prometido el Paraíso a un ladrón condenado. Si eso no es amor, que baje Dios y lo vea. Pero, ¿qué digo? si es Dios el que cumple su promesa.

Suenan acordes de "Vida", retumba todo el Casino, se rompe la Trapería y llega a Santo Domingo una Madre apuñalada mirando un cielo bendito, que va llorando con la cera, que van llorando los cirios. Y la trompetería entera entona con delirio compases de "Calvario". Y llora toda la Plaza, Mayor y del Contraste, lo que usted quiera. Los corintos se abrazan, dándose golpes de pecho, y por llorar, llora mi amigo Antonio García Romero. Toda Murcia es testigo de que el amor existe, con nombre de Caridad y color rojo corinto.

EL RECUERDO DE UN DOMINGO DE RAMOS

El Domingo de Ramos es la trastienda de un recuerdo que pellizca esos primeros pasos que da uno en la fe cuando es niño. Los padres, los abuelos y la Plaza de las Flores, ese día del año que refleja la divinidad del cielo en su tono dorado en un jardín dispuesto para la misa de palmas. Siempre he visto el brillo en mis ojos esa mañana, y si queréis que os diga, era de nervios agarrados por la ilusión de un despertar tan anhelado. Pero hoy aquí, debemos hacer algo. Volvamos a ser como niños. Aunque la vida nos haya enseñado demasiadas cosas. Volvamos a escuchar aquellas voces que tanto quisimos, las que están, las que se fueron y las que no pueden estar aquí, las que nos curtieron en las cosas de Dios, porque si realmente hay un valor seguro, y no puedo dejar de recordar cada Domingo de Ramos, es el papel de las abuelas. Cuando pregunto a alguien que quién le enseñó a rezar, suele esbozar una sonrisa y, con esa mueca propia que hacen los labios al pronunciar un requiebro, siempre responde: "mi abuela". ¡Ay, las abuelas!, con la ternura pintada en la cara, aquellas que siempre hablaban de Dios y de la Virgen y que tanto nos hicieron creer en ellos. Aquellas que vemos envejecer como santas, con un rosario entre las manos. Por eso cada Domingo de Ramos no puedo dejar de pensar en volver a ser niño y pensar en ellas, aquellas que han legado durante generaciones el tesoro más valioso que puede heredar un ser humano: la fe.

***

Mi Domingo de Ramos era igual a familia, tradición y regalo. Pero el mejor de todos lo tuvimos a nuestro lado, con las marcas del tiempo: los abuelos, esos santos. La labor de tantos que volvieron a ser padres inculcándoles a sus nietos mares de fe en raudales. Allá donde estéis, desde los palcos celestiales, quiero daros las gracias por transmitirme lo más grande. Vosotros fuisteis pilares de mi fe y mi semblante. Y qué decir de mi abuela, que fue mi segunda madre, la que se rompía en piropos venerando a sus Verdades.

¡Ay, Domingo de Ramos, que en el pecho me has herido, abriendo la puerta del cielo a un mar de recuerdos junto a las aguas de un río! Porque Murcia es ese trino, melodía de esperanza, meciendo el sueño de un niño que juega entre los mesones de la Plaza de las Flores. Y créanme lo que les digo: al ver una foto pasada de dos niños vestidos de rigurosa esperanza, donde aparece José Ignacio con túnica calzada, ¿quién le diría a ese niño que aquellos sueños de infante le convertirían en ese hombre que ha de dirigir la nave? ¡Qué orgullosa estará de ti aquella que tú sabes! Que, aunque hoy no esté aquí, sabes que te quiere a mares.

Pero esto no es punto y aparte. Porque allá en el camarín, Pedro llora como lloran los traidores. ¡Callad a ese gallo ruin! ¡Qué gallo más traicionero! Por eso escúchame, nazareno, escúchame con atención: cuando salga de San Pedro clavado el Hijo de Dios, míralo bien a la cara y pídele la bendición. Que para ser tu esperanza torció su propio renglón. Y si ves a su Madre Santa, acongojada y a lo lejos, como si fuera una niña de vuelta por San Pedro, cántale esta copla, nazareno:

"A la puerta de San Pedro / No quiero, niña, venir / Porque de verte llorar / Yo me quisiera morir. / Por eso a Dios yo le pido / Por si me quiere escuchar / Que te quite este martirio / Porque vas guapa a rabiar".

Y siendo el Domingo derroche de compases de esperanza, viendo que llega la noche y ya no queda más día, está tocando los bronces la torre de Santa María. ¡Corre, burrica, corre! Y abrid las puertas de Castilla, que está entrando el Rey de la Gloria en Medina Mursiya.

PERDÓN EN LA CALLE DEL SOL

Allí, en la iglesia de San Antolín, dio este pregonero, hace ya unos cuantos años, su primer pregón, en el que siempre me miro cuando tengo que beber un cáliz como este. Al entrar por la plaza, veía al fondo del colosal retablo hecho por las glorias del palacio de los Vélez, aquel Calvario que tantas veces me prendó. Tendríamos unos 17 y 15 años cuando conocí a un "sanantolinero" que se llamaba Diego. Su padre era el presidente de la cofradía del Perdón, y pronto comprendí —antes de meterme en los mundos del arte y de mi pasión por Murcia— la devoción que hacía temblar los cimientos de todo un barrio y que todo aquello que él comentaba sobre aquel Cristo que había venido del Malecón y que tantas veces creí una hipérbole, no sólo no lo era, sino que se quedaba corto. Y con qué respeto, y hasta tragando saliva, me hablaban de la procesión de las procesiones. Un Lunes Santo, un barrio y ese magenta castizo que amamanta las ilusiones de cualquier nazareno murciano y de los contornos de la huerta.

***

En ese barrio castizo de luminosas verbenas, de gente sencilla, humilde y nazarena, hay un corazón tan grande que se tintó de magenta un Lunes Santo que embulle en un clamor que me impacienta, porque dentro de su templo, rompiendo está la primavera. En un seísmo de emociones, pregonando a sones de trompeta. Y la gente acude, espera en un torrente de arraigo, trayendo un beso en los labios y llena la calle Angustias, la casa Luis de Rosario, lleno el corazón de Murcia, porque ha explotado el del barrio, y todos los que estamos aquí sabemos

sin ninguna duda que no hay dos puertas en Murcia como las de San Antolín, ni las puertas de Belluga, ni las de la curia de Roma rozan siquiera la altura cuando a la plaza se asoma ese Señor que perdona y al cruzar el umbral corta el aire en un suspiro.

Entonces un río magenta que se desliza por el viejo barrio va conquistando una Murcia que se ha vuelto nazarena. Ya no hay vuelta atrás, postrado está en la tierra, ya no puede renunciar a morir en nuestra huerta, y en las sillas del Romea se preguntan con empeño ¿llevará la antorcha encendida el soldado del Prendimiento? Y por Santo Domingo un Caifás va sentenciando al Cordero y lo azotan, lo coronan, y Trapería se ahoga porque al encontrarlo su madre, ahora es Vía Dolorosa y el bullicio se acumula, los nazarenos se agolpan, los cabos de andas suspiran y los estantes se santiguan. Es la vieja calle del Sol, en su giro con Frenería donde conocí la verdad por vez primera. Allí el Señor me hizo cristiano con un rosal enredado, me sentí por primera vez como en un confesionario que quita todo pecado. ¿Quién eres Tú que mueres perdonando? ¿Quién eres Tú, me quieres con desgarro? No puedo mirarte sin romperme ni deshacerme en quebranto. Señor del Malecón, Señor de tu barrio, Señor que muere perdonando, aquí me tienes en este calvario, agarrado a tu madero como se adora un sagrario. Y al momento un golpe me devuelve a aquella esquina: Frenería, el Sol, el paso, sonido de cartelas y el Señor tambaleando, un giro apoteósico, un imafronte recortado, más blanco que nunca en noche de Lunes Santo. El público, arrebatado, te rinde un aplauso eterno, y un nazareno, llorando, se arranca su túnica al verte, porque, Señor, ese pecho ya no puede contenerte tanto. Me voy a tu plaza, en pos de Ti, que quiero tocar el cielo que no es otra cosa que aquello por lo que todos vamos allí, porque en Murcia no se puede morir si Tú no estás en tu plaza y nosotros en San Antolín.

TALUD QUE RESCATA

En Murcia, la primavera empieza cuando los naranjos de la plaza del Cardenal Belluga se van llenando de capullos como copos de nieve. Y una mañana, cuando menos te lo esperas, cinco pétalos abiertos comienzan a exhalar un perfume cautivador que detiene el tiempo y neutraliza la mismísima temperatura. Si queréis olerlo, hasta perder el sentido, id un Martes Santo a la Plaza de los Apóstoles y veréis lo que es bueno. Ese momento me trae de cabeza. Llamadme loco si queréis, pues seguramente tengáis razón. Pero en ese lugar me he encontrado dos devociones que se me van de las manos: un recuerdo que rescata en las noches de angustia y aquel que todo lo cura desde una capilla de la iglesia de San Juan de Dios, levantada sobre el viejo Alcázar.

AL SEÑOR QUE RESCATA

Barrio de tapias y buganvillas, de verdes hiedras que escalan recios muros encalados fuera de pétreas murallas, compases de arrabal soñado, besando riberas mansas al que tantos murcianos Murcia la Nueva llamaran.

Y un viernes de marzo, en amores infinitos, un rosario de murcianos va buscando atajos para besar al Cautivo, y por la puerta del Toro resonando va un gentío que abarrota la Tahona, y es un río de rendidos que en sus labios lleva besos, donde se unen todos los caminos que llegan hasta el Rescate, Señor del tiempo y de los siglos.

Y un oloroso Martes Santo, como si de un César se tratara, pasa triunfante su arco, tambaleando todo un imperio, y a toda la curia romana. Y yo, que nunca fui nada, que desprecié tu portento, pongo en tus pies mis requiebros, rogándote una mirada. Y es la plaza de rodillas, esclava de tus plantas, donde la Esperanza brilla en un manto florecido, bordado de rosas y suspiros, lágrimas de una madre lloradas en oro fino.

Ay, Señor del Rescate, qué casa te dio Floridablanca, que ni la corte ni el Rey contemplaron tanta fe clavada, ni Carlos, ni Alejandro el Magno, ni las luces ilustradas. Un caballero con chambergo, al pasar en procesión, se lleva una mano al pecho y asomado a su balcón, y con nudo de emoción va recitando este credo:

Yo soy Villacis el pintor y a tus plantas me someto. Tu hidalguía sin adarga es señorío de los cielos, eres Rey de los reyes, de los atrios palaciegos. ¿Quién eres tú, Señor moreno, que liberas siendo prisionero? ¿Quién eres tú, Cordero Santo, que siendo esclavo eres el dueño? ¿Quién eres tú que toda Murcia viene a plantarte un beso? ¿Por qué no nos desprecias ante tanto desprecio? Pues aquí, este pregonero, rendido y a tus plantas, te implora, a crudo grito, desde este pozo tan oscuro, ¡rescátame tú, Dios mío!

SALUD DE LOS ENFERMOS

Siempre he sido tu aprendiz en las cosas de la vida, estudiante de tus sendas, becado sin honores ni glorias pasajeras. Eres la lección magistral que me doctoró en eternidad, seminario que me hizo cautivo de tu verdad, cátedra de mis libros y dueño de mi libertad.

Eres tú, Señor del viejo Alcázar, la sabiduría a la que aspiro, el conocimiento arcano del principio por el que me licencié en tus sanos juicios, y desde entonces pregono tus glorias como humilde discípulo. Yo, Señor, me rindo ante los decretos divinos que en San Juan de Dios proclamas, con piedad genuina, desde ese atril en el que enseñas, que no es otro que esa cruz en la que pronuncias tu lección de mayor magnitud, que en Granada abierta de rojo carmesí riega lo que mal acaba para que tenga buen fin.

Porque eres Señor del viejo Alcázar, decano de San Isidoro, el primer guardián de la Murcia cristiana, el señor de los feudos, el que otorga privilegios de un legado que emana mil doscientos años de historia a esta Murcia soñada. Ni el Rey Lobo tuvo tu honra en esta tierra cristiana, ni tu honor, ni tu herencia, donde tú, Soberano, te plantas.

Tú que eres Salud de todos los enfermos, te pido salud, Señor eterno, para los que no pueden verte, salud para los que esta noche están sumidos en duelo, para los que duermen en hospitales y salas de blanco desvelo, esperando resultados que dejan sin aliento. Salud para los que no luchan para seguir viviendo, salud para todos aquellos que tanto queremos, a las madres que acunan y a los padres que a lo lejos caminan poco a poco para encontrarse con el tiempo. Salud para los que rezan buscando un consuelo, por todos los niños que deberían jugar sin miedo. Salud para andar tu camino, salud para seguir en estas, cumpliendo tus decretos, y salud a Pepe Ballesta, que es timón de tus fueros en esta Murcia nuestra. Salud para todos los que en este teatro están y para todos los murcianos de buena voluntad, pero también a aquellos que no te conocen y a los que te niegan con maldad, porque, estando ahí clavado, tú nada sabes negar, sangrando en ríos granados, menuda lección para amar.

Señor del hospital, aquí nos tienes a todos para cumplir tu voluntad, y si tengo que entregarme, yo me entrego a tu piedad, rendido ante tus brazos para que sólo tú me puedas curar.

UN RÍO COLORAO

Recuerdo que, en una de mis primeras sesiones como profesor universitario, llevé a los alumnos a aquella exposición llamada Lazos de Sangre, que albergaba cada uno de los grupos escultóricos que nutrían la procesión más colorá de la ciudad. Mientras recorríamos los espacios de aquel germen del Museo de la Sangre, intentando pensar como no sé hacer de otra forma, siempre dije que había un elemento vertebrador entre todas ellas. Más allá de la sangre, el agua. Y todos quedaron ciertamente desencajados. Entonces, comencé a contarles el porqué:

Por sonar, suena el Carmen a la sombra de viejas cañadas y pozos que calman la sed en tierras samaritanas. La misma agua con la que los panaderos mezclaban la harina antes de sacar a Fotina por las calles de Murcia. Las aguas fragantes que emanan de los vergeles con esencia de nardos, derramados a los pies de Cristo durante cuarenta años en casa de Lázaro. El agua de la palangana con la que Cristo lava los pies para hacerse servidor de todos. Gloria a González Moreno. Y unas lágrimas de agua salada limpian tres culpas que un gallo canta. Y toda Murcia confiesa, en claro desatino: Yo no le conozco. En Murcia, la primavera se lava las manos ante todos los alcaldes de la huerta, y el Berrugo jura "por estas" que Pilato ya ha dictado sentencia. ¡Y qué sentencia infame! Las murcianas lloran desconsoladas, y Cristo, a su paso, ve los ríos de sus ojos mientras un niño le extiende la mano. No es para ayudarle a llevar la Cruz, no, sino para pedirle esa agua que ofreció a la samaritana.

Porque Cristo es aquel que, cuanto más presionado bajo el peso de la cruz, más agua da, y más salva. Pero, si queréis que os cuente la esencia de todo un barrio y qué tiene que ver el agua con la sangre y con el Señor del lagar, necesitamos hacer puente y aparte. Porque necesito contaros una historia, de esas que nunca mueren:

***

Venían dos huertanas arremangándose los refajos, con arracadas de plata y lentejuelas de oro fino, contando por el camino que en los bancales de habas partido de San Benito había robado el Berrugo unos cuantos puñaícos. Y por la orilla del río, en aquella tarde serena, se asomaron a las aguas que bañaban nuestra huerta. Vieron que no era clara, como siempre se muestra, que dejaba un poso colorao, como si un pimientico fuera.

En ese mismo momento nació la sonrisa huertana, salieron las ondas del pelo, y un mantón de seda bordada, con un jardín de ensueño. Relucieron sus refajos como relucen los luceros. Y el Segura marcó el camino para no llegar a deshoras al barrio de San Benito, y al divisar la Alameda, sonaron todos los bronces. Se ataron las esparteñas y estiraron los delantales, caminaron hasta El Carmen, y en la huerta frondosa brillaron los bancales, y valieron un postosí los extensos naranjales. Se enlazó el azahar con la cera, y aquel río colorao que vieron en su camino, se había desbordado por todo el barrio castizo.

Y al ver llegar a las huertanas, con esa majestad y tino, vi salir por la puerta al que dio color a ese río. E hincando la rodilla, mirando este delirio, clamé mirando a ese Cristo: "Señor, yo no soy huertano, ni he nacido en tu barrio, pero desde hoy hasta el final, soy mendigo de tus llagas, te lo dice este murciano liberado por tu sangre, que solo puede exclamar, al verte por este valle, aquel vítor de Don Carlos: 'Dios te salve, Murcia, Dios te salve.'"

SILENCIO EN LA NOCHE

Y tras aquel reguero de sangre, se impone el silencio de una tarde que, en sus últimos reflejos, vuelve a cruzar el puente. Y una silueta se recorta, abrazando una cruz en la que todo un mundo cabe. Ya hay sentencia dictada; culpables son dos ladrones y culpable Aquel que sanaba los corazones. Y tres cruces colgando se tambalean por el puente, y un ladrón acongojado ruega a su compañero clemente: "Acuérdate de mí, al llegar al paraíso". Y díjole aquel reo de muerte: "Te llevaré conmigo y vivirás eternamente". Y la niña de Campillo, que es una rosa temprana entre espinos, camina a paso corto, siquiera tras de su hijo, ufanándose en una Murcia llena de incienso y dulces cuartetos, que le ponen notas a la muerte para que la Soledad sea menos desgarradora y más suave.

Desde que comisarié la exposición que celebraba el DXXV aniversario del Cabildo Superior de Cofradías, *La Madre del Verbo* en el Palacio de San Esteban, pude intimar más con las imágenes que allí había. Pero al final del recorrido, en la remota sacristía donde descansa el Obispo Almeida, a media luz, estaba Él. El que reduce todos los vítores de mi vida y los quiebra en un llanto que redime. Cada día, con los brazos abiertos, me esperaba, como espera Él, en silencio, sin hacer ruido, siempre

callado, pero siempre inmenso, esperando que le cuente las cosas que nos quitan el sueño a los que somos de carne. Y en una de esas tribulaciones, en las que la injusticia te acorrala, solo lo pude mirar a Él. Aquel Jueves Santo, el más frío que haya vivido nunca, Ignacio Sánchez Parra me hizo uno de esos regalos que nunca podré olvidar: ver salir al Señor desde el interior de San Lorenzo. La iglesia estaba en penumbra. Su silueta se reflejaba en uno de los muros. Sólo estábamos Él y yo. O al menos así lo sentí. Le pedí con todas mis fuerzas que no me soltara de la mano. Desde niño siempre había puesto todo en Él. Pero Él siguió callado. Al cabo de unos segundos, una mano se posó sobre mi hombro. Permanecí inmóvil. Pasaban los minutos y aquella mano seguía colocada allí. Y supe que la mano que Ignacio tenía sobre mi hombro, que era como la de un padre, no era sólo suya. Era todo el Refugio que aquella noche necesitaba. Y eso sólo lo sabía el que había dado la Vida por mí, clavado en una cruz.

***

¿Quién te ha clavado en esa cruz, Cristo mío? ¿Quién te ha elevado, soberano, moreno en soles quemado, negro de cabellera, en Amor bien tallado, y baja la vista a tierra? ¿Quién te ha asido en el madero, Señor mío? ¿Qué bondad quiso tallarte y en libertad obligarte a subir a aquel patíbulo, en realidad tan dolorosa, sino fuera por amor mío?

¿Quién te ha atado, Jesús mío? Tú que quisiste ocultarte no en una zarza que no muere, sino en Carne herida por salvarme. ¿Quién te hizo sufrir tanto que el Amor aquí agotaste, porque yo no me perdiera, clavado a esa dura madera?

¿Quién te ha abierto en el costado? ¿Por qué Jacobo esculpiera en tu entraña una brecha para esconder mi alma del frío, y hacerte Refugio mío? ¡Quién te quiso en dolor, sino Murcia, porque al Padre no volvieras y que con ella Tú te quedaras! Pues, ¿de qué sirve tenerte por Dios si sombra no das a la tierra?

Que Murcia no te quiere en zarza, sino lo que la carne te diera: sangre, cuerpo y alma, pues si Luz sólo Tú fueras, yo temería, Señor, que en el lodo y pecado me vieras.

Quédate entonces clavado en madera, hogar mío, quédate bajo la vista, mirando a tu Murcia señera, y porque su alma cristiana no muera, abre tu costado en la cruz, que es refugio y gloria de la ciudad entera.

Agradecimiento a José María, pilar de Fe y orgullo de la Hispanidad a 10.104 km de Murcia

LA MIRADA DE JESÚS

Todos nosotros sabemos que Murcia es una mañana donde la verdad eterna acampa. Y aunque pasen los siglos, es la misma luz clara, patrimonio del alma, mi patria nazarena. Y en los albores del día, los que a San Agustín llegan, traen su túnica morada, un poco de sueño, y un cartel que dice: «Soy de Jesús, nazareno». Porque otra vez es primavera, y Murcia va a tu encuentro, caminando a tu vera, porque quiere ser tu cirineo, entre acequias y veredas, sosteniendo el yugo que sobre tus hombros llevas.

Y esa mañana perfecta que remueve mis entrañas, con el sol que incinera las estofas centenarias, me embriago en tu mesa, banquete de vida eterna, en una de las estancias de una casa palaciega. Dile a Judas que se vaya, que acabe con su faena. Y tres apóstoles dormidos, entre olivos centenarios, caen a tierra rendidos: Pedro, Juan y Santiago. Y toda Murcia desea que pase de largo ese cáliz tan amargo, y que sea lo que Dios quiera. Todo es un delirio, un beso de vergüenza, Cristo ya ha sido vendido, y Pedro corta una oreja ante semejante magnicidio. Y tres sayones zafios comienzan con su martirio, como cuenta el evangelio según Francisco Salzillo. Y una muchacha murciana, en ese trance fatídico, enjuga en un paño su cara para aliviar el suplicio. Y tres caídas aguanta en aquella vía sacra, y nunca serán cuatro, porque en Uno

son Tres los que salvan. Así lo dice San Juan, aquel que caminando se arremanga, en una elegancia tan casta, que hasta un Apolo de mármol de Carrara quisiera ser estofa en madera policromada.

Y aquí es cuando todo se acaba, cuando llega Nuestro Padre, el que va buscando miradas. Jesús el Nazareno, no me pidas que te mire, porque mirarte no puedo. ¿Quién puede, Nazareno, mirarte esa cara, que con tanta misericordia va llorando de mañana? Pero tú eres incansable y vas siempre de frente, cumpliendo tus menesteres, porque en ellos mueren los míos y nacen los que nunca mueren. Por eso, cuando te siento, sé muy bien dónde ir a verte, porque esos ojos que se clavan no se compran ni se venden y van mirando siempre donde más falta nos hacen.

Tú has estado en las riadas, en epidemias y en la muerte. Tú has estado en las peores, bendiciendo cada huerta, cada esquina y cada enclave. Has velado, Señor, por Murcia, por sus contornos y sus calles, y no es extraño que te aclamen al ver tu rostro y tu talle, protector de Murcia en un vuelco unánime. Murcia no podría sostener sus cimientos sin esa mirada tan grande, en ese morado que arde entre cuatro puntos cardinales.

Soy de Jesús, te han dicho al pasar. De los tuyos, ¿ no te acuerdas? Aunque, ¿cómo te vas a olvidar si vas grabando miradas y me llamas por mi nombre? Esto es lo más grande, murciano, y llámate cristiano si quieres ser como Él. Caminando tras sus pasos, con esa cruz que la vida te ha puesto. Y cuando alguien te pregunte: «¿Tú de quién eres?» Diles a pecho descubierto: «Soy de Jesús, nazareno.»

LA ROSA DE JESÚS

Y aquella mañana clara, tras toda una noche ardua, las gubias se detuvieron cuando el sol reflejó tu cara. Mezclaron los pigmentos, barnizaron mientras lloraban, y de aquellas lágrimas nacieron las perlas de tu mirada. Y Salzillo, acongojado, mientras despuntaba el alba, hincó su rodilla en tierra, sin saber por qué lloraba. Y llegaron los ángeles, cantaron sus alabanzas, y la calle Vinader, ¡qué resplandor irradiaba! Pues jamás un taller tal semblante tallara, tan casto que enloquece, con su tez de porcelana.

Y cuando Murcia te miró, aquella mañana clara, cayó rendida, fulminada. ¿Quién había visto esa cara que fundaba sobre esta tierra los cimientos del alma? En las veredas y caminos, y en las huertas regadas, los cañizos susurraron ante tu belleza clara. Y el azahar perfumaba esa silueta soñada, brillando las acequias como si fueran de plata. Y se abrazaron las parras que cobijan las barracas. Estallaron los almendros ante tus mejillas sonrosadas, y se mecieron los olivos al compás de una parranda. Las higueras dieron su sombra a tu amargura soberana, y las huertas se asomaron a ver correr el agua de un Segura que se abría, como se abren las granadas que estallan en rojo, como tu saya bordada.

Y entonces surgió el canto que a Murcia enamoraba, el canto que nació al verte, al ver tu risa huertana, tu perfil puro de nácar, tu belleza soberana, que hizo eterna esa mañana cuando apareció tu cara. Y nadie, madre mía, nadie nunca te igualara. Y las abejas en los carriles, con

zumbidos, compasaban, los repiques de tambores que a tu pasión le cantan. Que cuando vieron tu semblante y el candor de tu mirada, danzaron los naranjos, las encinas y las palmas, extendiéndose tapices de rosas tempranas, margaritas y lavandas, hierbabuenas y romeros, tomillos y albahacas.

¡Qué algazara en la huerta, los bancales y las tapias! Buganvillas colgando, nidos y moreras, y las mariposas salieron de sus capullos de seda dorada, con trinos de jilgueros y el canto de las cigarras. Qué jaleo armó la huerta cuando vio tu cara, que quiso tener tu imagen en cada barraca. ¿Qué sabía Salzillo, aquella noche cerrada, que tenía entre sus manos la salvación de las almas?

¡Qué suerte tuvo Murcia, qué bienaventurada, que sin tener madre cristiana, tuviste que bajar del cielo a esta santa morada! Porque tenías que ser de Jesús y de estirpe murciana.

MISERICORDIA EN SAN ESTEBAN

Conocí a los hermanos de la Misericordia una tarde de primavera. Bajo la atenta mirada de los siete arcángeles de la parroquia de San Miguel, di una conferencia llamada *Regina Coeli*, en aquellos tiempos de don Silvestre del Amor, a quien tanto le debo. Y en aquella joya barroca, relicario de la Murcia más exquisita, conocí mejor aquel Crucificado de Domingo Beltrán, que nunca debió salir de su casa, San Esteban. Y en la portentosa sacristía del templo del general de las milicias divinas, vi la obra maestra de nuestro querido Pepe Hernández Navarro: su monumental Descendimiento, que detenía el tiempo.

Aquel día, Ramón me invitó a ponerme debajo de aquel Cristo que descendía de la cruz. Y entonces, sentí un profundo escalofrío. Cristo caía frío, inerte, abrazado por esa muerte que a todos nos espera, a la que se había atado siendo Dios. Dar la vida por amor era algo que escapaba a la lógica, a la carne de Adán. Y ahí, viendo aquel rostro bellísimo, el rostro del Esposo del Cantar de los Cantares, que había descendido a las eras de los aromas, entendí de lo que era capaz la Misericordia. Esa que, cada Viernes Santo, inunda las calles para decirle a los murcianos de qué material están hechos, tan dignos, tan puros, como para que un Dios muera en una cruz por amor a todos los hombres de la tierra.

***

Un crespón en San Miguel, y otro en San Esteban, para que todo el mundo sepa dónde nació la Misericordia. Que el Palacio de los Murcianos no es de Presidencia ni fuero de Fernando, sino de Cristo Rey, Eterno y Soberano. Y en la noche del Viernes Santo se partió el velo del templo, y corrieron los reyes asustados. El imafronte lloró con sus santos, viendo cómo la tierra temblaba y se derrumbaban los cimientos.

Y tembló, vaya si tembló Murcia. Tembló el casino, el teatro y el barrio La Arrixaca, bajo un cielo derrumbado. Y una lluvia estremeció al malecón centenario, el caos de Santa Teresa. Relucen centellas y rayos. La torre se ha iluminado, y Murcia entera está humeando porque es un incensario que se deshace en mirras al pie del Calvario, pidiendo misericordia sobre aquel suelo mojado.

Y dos hombres con escaleras que los carpinteros han prestado suben a bajar a Cristo con un inmenso sudario. ¿Cómo los carpinteros no iban a prestar escaleras al hijo del carpintero, vecino del mismo barrio? Los llantos del bailío recorren la calle. El colegio jesuita suspira, y se desborda de lágrimas el valle. Qué riada de amor, qué crecida más grande, que se ha muerto un Dios, que en pan blanco descienden.

Y cuando todo parece acabarse, una figura regia, con manto de sable, Misericordia enlutada hecha Madre. Y cuando agobia la noche, Ramón Sánchez suspira, sabiendo que la esperanza tiene nombre, y se llama María. Por eso los hermanos de negro, que de esto nunca se olvidan, caminan a paso sereno, lento, muy lento, para que Murcia vea la misericordia más clara, que de la muerte hace vida cuando todo se apaga.

LA VIRGEN DE LAS ANGUSTIAS ES MADRE

San Bartolomé se viste de luto. El ombú de la plaza ha escuchado las siete palabras y está esperando que se abran las puertas para que salga Ella, la que nos enseña con maestría, porque no hay nada que aleccione mejor que la angustia de una madre. Las madres son un milagro, y a veces hay que mirarse el ombligo para saberlo. Antes de conocernos, nos amaban tanto que ya nos alimentaban a través de ese cordón umbilical con el que Dios nos diseñó para que experimentáramos el amor de una madre antes de abrir los ojos. Ellas son las que lloran detrás de una puerta, las que se desvelan cada noche cuando nos tambaleamos, y las que nos ponen la mano todavía para ver si tenemos alguna décima. Sufren y callan, para que no nos toque ni una mosca, y sacuden el mundo si hace falta para que no nos falte de nada, aunque su interior se llene de esas cicatrices que ellas mismas nos dicen que no les duelen.

Y en aquel cine de antaño, cargado de valores, Marcelino Pan y Vino preguntaba a Jesús: "¿Cómo son? ¿Qué hacen las madres?". "Dar, Marcelino, siempre dar". "¿Y qué dan?" "Dan todo. Se dan a sí mismas, dan a los hijos sus vidas y la luz de sus ojos, hasta quedar viejas y arrugadas". "¿Y feas?" "Feas no, Marcelino. Las madres nunca son feas". "¿Y tú quieres mucho a tu madre?" "Con todo mi corazón". Y Marcelino le contesta: "¡Y yo a la mía más!" A una madre nunca la vemos envejecer, por mucho que pasen los años. Siempre es la misma moza, la misma que te tenía el desayuno preparado.

Por eso, cuando veo salir a la Virgen de las Angustias a la plaza de San Bartolomé, la más madre de todas, veo en ella a todas las madres que, aquí o ya en el cielo, dedicaron su vida a pedir a Dios por cada uno de los que estamos aquí.

***

No sé cómo mirarte, porque nunca en la vida he visto angustia más grande. ¿Qué hiciste, dulce María, que para redimir a Eva llevaron al martirio a quien los Ángeles llamaron Ave? Si Cristo fue víctima que hizo justicia, ¿no bastaba eso para el amor? A la más santa de todas, la que no conoció pecado, la habéis hecho beber el dolor de los pecados. Oh, dolor de María, que si Dios hizo arte al crearte, también lo hizo al llagarte, pasando la pasión del Eterno. Por eso, angustias haces llamarte.

Tú ingresaste en la estrechura de la herida de la muerte, de la humanidad de un Dios que nunca muere, aquel que en Belén acunabas entre nanas y pañales. Hoy recoges en los brazos, en granada abierta sangrante, cuánto el amor del Esposo te ha costado, a quien la justicia solo gloria te debía. No reservó clemencia alguna, pues Dios, en su infinita misericordia, quiso tener una auténtica madre. Aquellas que se desangran cada vez que el hijo se cae. Pues, ¿qué sería de ellas si el sufrimiento de quien salió de sus entrañas no provocara tormento ni amargura consumada?

Quien me diera, señora, trocar tus angustias en consuelo, que ni hacerte coloquio puedo en tu angustia clavada. Por eso te miro y te contemplo, y a solas te dejo besar su carne divina, sangre de tu sangre. Y los Ángeles, que se cubrían el rostro al ver a la zarza ardiente, ahora besan las llagas como si reliquias fuesen, pues en ellas se van todas las sombras de muerte.

¿A dónde vas con tu angustia? ¿Porque no puedes, Señora, sin afanes de madre tan presta, que llorando vas por las calles, sin descansar de las penas? Que si Cristo, azahar de dulzura, no se mueve de vuestra pechera, ¿por qué el dolor no te permite imperar en camarín quieta? Que si voy a buscarte a casa, ya estás subida en proa de velas, navegando por Belluga, cual reina en su carabela.

Es que nunca, mi señora, descansas quieta en la iglesia. Que por dar tantas mercedes, Murcia te abrió las venas, haciendo calles de Angustia donde navega tu clemencia. Tú inventaste los engarces, los biseles y las garras, pues no hay mayor gema que la que salió de tu vientre, de aquel huerto cerrado que, ahora lleno de luto, se volvió calvario.

Eres la filigrana de mi alma, la emperatriz de Murcia entera. Por eso, Madre y Señora, ¿quién en su sano juicio puede oponerse a que tus sienes luzcan merecida corona? Cuando te veo por Murcia llorando, virgen doliente, veo en ti a mi madre, aquella que nunca duerme, y se me llena la boca de piropos. Y ojalá supiera cantarte versos de una cristiana saeta y tener lo que hay que tener para decirte con la garganta abierta: "Ay, Virgen de las Angustias, si no llevaras el corazón partío por un puñal, gritaría con fervor: ¡Madre mía, qué guapa vas!"

MURCIA ES UNA SEPULTURA

La calle del Arenal, en esa revuelta que le da Belluga, apoyado en los sillares que refuerzan la esquina del Palacio Episcopal junto a la capilla de Adoración Perpetua, está llena de cirios y faroles tintineantes, como si estuvieran a punto de expirar, al punto que expira mi alma. Al fondo, los jardines de la Glorieta me parecen inalcanzables, oscuros, ennegrecidos incluso. Todo es soledad y sepulcro. Punto y aparte.

Por eso, cuando pasa ante mí, con el costado abierto, recuerdo entonces por qué creo en Él. Y solo aspiro a que, cuando llegue mi hora, la misma hora por la que pasó Él, me lo encuentre como en esa capilla, que es Vida las veinticuatro horas del día, donde tantos días le cuento esos quebraderos que, con toda una eternidad por delante, se reducen a mera vanidad de la carne.

***

Donde la vida entera acaba, donde la losa todo lo calla, aquí viene a parar la vida, y solo queda la esperanza, que no es cosa de creencias ni de frases aprendidas, sino de certezas que no entienden de ciencia. Un sepulcro abierto y un cortejo en duelo, dejando el cuerpo de Cristo, gloria de González Moreno, que en su entierro talló su genio: José de Arimatea, Juan, María y Nicodemo. Y llora la Magdalena, besando los pies del Maestro, y Cristo, que aparenta estar en sueño durmiendo, está derribando el abismo y las puertas del infierno.

San Miguel, con su grito, que es de un grave tremendo, exclama con brío: "¡Puertas, alzaos, os ordeno, que va a entrar el Rey de la Gloria a libraros del miedo!" Y todo se llenó de blanco, desapareciendo lo negro, mientras dos hombres ponían sobre una losa su cuerpo. Y María, en amargura, sin dejar de mirar al cielo, recordaba aquellas palabras que dijo en todo momento: "Aquí está la esclava, Señor, Padre nuestro. Y si serlo me llena de llanto y me cubre de tormento, bienaventurada sea por ello, porque a cada llanto Tú le das el consuelo. Bendito seas, Señor, Dios del universo, que has salvado al mundo con ese costado abierto."

El apóstol Juan, con manto rojo de fuego, se irgue con un semblante que me deja sin aliento al ver a su Cristo, el que era su Maestro, lejos de Santa Clara, en un remoto lecho, que no fue ni suyo ni tuvo pleno derecho, al igual que tuvo pesebre el día de su nacimiento. Qué vano es todo cuando se acaba el sendero, qué grisácea la vida cuando no existe el modelo, y están todos velando como si fuera un convento: muerte de claustros altos, muerte de fríos vientos.

Si la belleza infinita hoy fuera un invento, tendría que inventar a Cristo, hermosura de pleno derecho. La carne se corrompe, y la riqueza se queda. Los cráneos se confunden, y los títulos se disuelven. Pero no hay mayor patria ni mayor linaje heredado que aquel que, no teniendo nada, tiene a Aquel que murió crucificado.

AL ROSAL DE LA VIRGEN SANTA

He salido a buscarte, pero la tarde me hiela. Ya no puedo olvidarte ni puedo perder esta guerra. Murcia ha perdido su arte, y no veo color tan siquiera para poder levantarme de esta terrible quimera. Pero a lo lejos, un susurro me hace girar la cabeza, y entre una nube de incienso, vaporosa y etérea, se perfila mi Madre, envuelta en negro manto, como un rocío en la tarde que va regando este valle quebrado en su quebranto.

Las cuentas de sus manos van desgranando soledades a un ritmo delicado y siempre elegante. Ay, Paloma blanca, en camino amargo del rosal, Virgen santa, que andas desgranando perlas de rosas tan castas que ya han culminado los fieros dolores. Tras la nona de misa cantada, cierra el rosario sus flores cuando llorando pasas, meditada con negro manto y mantilla de sable calada.

Puede decirse sin reparo que tuyo es el sábado, si llorando y arrodillada, con un suspiro entre los labios, va la Reina Inmaculada, que es la Virgen del Rosario.

PARA QUÉ QUIERO PRIMAVERA

En aquella tarde, Murcia se llenó de fría angustia. Y malherido el corazón, gritó sin consuelo alguno. Tintó su cielo de oscuro, rota entera de dolor. Guarde silencio el Alcázar. No digan ni una palabra y quitaros los sombreros. Silencio, Medina Alegre, que está de cuerpo presente el Redentor de los cielos.

Miradlo, por todo herido, Dios mío, en esa mortaja blanca que el Segura ha tejido. En la fría madrugada se aflige bajo su manto la estrella de la mañana Luz de soledades, y gimen, llorando a mares, estantes y cabo de andas. Y mi Murcia, enloquecida, desgarrando su garganta al pie del Yacente tendido, murmuraba entre suspiros: "Se acabó lo que se daba, ya nada me queda. Si está de luto la Tierra, ¿para qué quiero primavera?"

RESUCITA EN SANTA EULALIA

Como si fuera un letargo, como una condena amarga, qué largos son tres días para los que el amor aguarda. Amanece la mañana y la oscuridad se aparta. Se difuminan las sombras de esa Pasión tan amarga. Y donde reinaba la nada, una mano se recorta, horadada por una llaga, y dos puertas se abren. Y se abre Santa Eulalia. Donde comenzó todo, entrando Jaime victorioso, como un rayo penetrante, cristiano y glorioso.

Y en este Domingo Santo, una silueta refulgente, como el sol que abrasa, avanza firme y radiante, como un ejército en marcha. Qué solos quedan por dentro San Blas y la Candelaria. Ay, mi Candelaria… tu luz siempre me acompaña. Y sale la Vida a la plaza, a un ritmo incesante. Cómo se huele a huerta, a parranda y malagueña. Porque surcando esa plaza, vuelve el color a las calles.

Qué alegría, qué algarabía, qué sol más puro resplandece. Capuces fuera, ¡de blanco! Que blanco se hizo el pan, que nos alivia todo quebrando. Ya enfila a San Antonio, entre vítores y acordes y la losa se parte y huyen los centuriones. Y un ángel vestido de blanco le dice a María que gime: "¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?" Que la muerte ha pasado a la historia y ha muerto para siempre. Por eso avanza en su victoria y nuestra torre se dobla de alegría en un repique de campanas, porque fue levantada para rendirle gloria.

Ya en Trapería camina, con brazo en alto, sosteniendo el estandarte de victoria, porque ha resucitado. San Juan concluye su escritura: "Este es el evangelio de la vida, el que a los muertos resucita." Qué historia de amor, qué eternidad más viva. Se extienden por Trapería multitud de banderas invictas, cinco llagas que han batido las puertas del infierno, y aquel señor de la mentira, que pierde a todo necio, un arcángel lo pisa, porque Dios es Dios supremo, y esto rompe las reglas y la ley de toda ciencia. No nos cabe en la cabeza que aquel que murió en la cruz hoy nos rompa las cadenas. ¿En qué entendimiento cabe? ¿A qué cabeza no llega?

Y al pasar por el Romea, los murcianos se le arriman. Y viendo pasar la vida se rompen la camisa. Y mirad a la Virgen gloriosa, que va guapa a reventar, y sus arracadas, a juego con su sonrisa, se menean al compás de los estantes de Santa Eulalia, del barrio de las Candelas. Que faltando poco para llegar, por esa larga carrera, el que se llama Tomás, metiendo el dedo en la llaga, quiere a Murcia demostrar que Cristo ha resucitado, porque a la gente sencilla Dios reveló su Palabra. Teniendo que morir en Murcia y resucitar en Santa Eulalia.

Viqui
Calzados
Viqui

REAL Y MUY ILUSTRE
CABILDO SUPERIOR DE COFRADÍAS
DE MURCIA

1200 MURCIA | Ayuntamiento de Murcia

CRC CAJA RURAL CENTRAL

Costa Cálida REGIÓN DE MURCIA